

## EL CIELO NUEVO Y LA TIERRA NUEVA

(Salmanticensis, Vol. 3, Fasc. 1, 1956, pp. 485-492)

por ALBERTO COLUNGA, O. P.

En la memoria de todos está la enconada lucha entablada a fines del siglo pasado y principios del presente sobre el problema de los orígenes del mundo. Al fin, la contienda se vino a resolver en que la enseñanza del primer capítulo del Génesis se limita al primer artículo de nuestra fe: «Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra». Todo lo demás es una a modo de parábola que el autor sagrado emplea para inculcar a un pueblo rudo, con la obra de la creación, el precepto sabático que tanta importancia tenía en la legislación mosaica. La cosmogonía bíblica, de que tan entusiasmados estaban algunos exégetas, los cuales querían ver en ella una prueba de la revelación divina concedida a Moisés, hubo de ser echada en olvido. La S. Escritura, como libro religioso que es, no plantea los problemas científicos, que Dios entregó a las disputas de los hombres.

Con este problema de los orígenes está relacionado el de los fines. El Evangelio nos habla de la consumación del mundo. Se incluyen en esta expresión el fin de la historia humana y el juicio último del linaje humano, lo que no ofrece dificultad ni a la exégesis ni a la teología. Pero del mundo, es decir, de los cielos y de la tierra, que, según el Génesis, fueron creados para servicio del hombre, ¿qué será? La teología antigua, representada por Santo Tomás, se ocupó de este problema y, fundándose en algunos textos bíblicos, y en las concepciones físicas de la época, afirmaba la conveniencia de que los demás cuerpos, fuera de los humanos, recibieran de la bondad divina alguna perfección gloriosa, mediante la cual se acomodara al nuevo estado del hombre, de suerte que éste pudiera contemplar con los ojos corporales la gloria de la divinidad reflejada en el mundo visible. Así pensaba explicar las palabras de Isaías, citadas luego por San Pedro y por San Juan (Is. 65, 17; 66, 22; Apoc. 21, 1). Esto estaba en armonía con la común sentencia relativa al cielo empíreo, en el que Dios desplegaba su magnificencia en favor de los elegidos. (Cf. *Sum. Theol.* I, q. 66, a. 3). ¿Qué nos dice sobre esto la Escritura? Es lo que me propongo exponer ahora brevemente

Empecemos por recordar que, según la Biblia, Dios creó todas las cosas por amor del hombre. Tal es el pensamiento del capítulo primero

del Génesis. El remate de las ocho obras, que Dios ejecuta en los seis días de la creación, es el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, para que ejerza su señorío sobre los animales todos. En esto precisamente estaría la imagen y semejanza de Dios, en ser su lugarteniente en la tierra. Pero notemos que no sólo los vivientes de la tierra fueron creados por amor del hombre, porque hasta las estrellas del cielo lo fueron para servicio del mismo, para alumbrarle con su luz y servirle además en la regulación de los tiempos «Gén. 1, 15). En esto se manifiesta la misericordia del Señor, tan celebrada en el salmo 136: «Alabad a Yahvé, porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Alabad al que es único en hacer grandes maravillas, porque es eterna su misericordia. Alabad al que hizo sabiamente los cielos, porque es eterna su misericordia. Alabad al que afirmó la tierra sobre las aguas, porque es eterna su misericordia. Alabad al que hizo las grandes lumbreras, porque es eterna su misericordia. El sol para dominar el día, porque es eterna su misericordia. La luna para dominar la noche, porque es eterna su misericordia». Todavía resalta más este pensamiento en el salmo 8, donde leemos: «Cuando contemplo los cielos, obra de tus manos, la luna y las estrellas, que Tú has establecido: ¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, o el hijo del hombre, para que te cuides de él? Le has hecho poco menor que los ángeles; le has coronado de honor y de gloria, le has puesto sobre las obras de tus manos» (8, 4-6). Estas palabras son el comentario de la bendición de Dios a los primeros padres, en Gén. 1, 26 ss. Como lo son asimismo las de Gén. 9, 5 ss., en que, a las mismas bestias se conmina con la pena de muerte, si atentaren contra la vida del hombre, «porque éste ha sido hecho a imagen de Dios». San Pablo completa este pensamiento cuando escribe a los corintios: «Nadie pues se gloríe en los hombres, que todo es vuestro... y vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1 Cor. 3, 21 ss.).

Aquí tenemos el orden de la creación entera, según la concepción bíblica. Esta concepción del mundo tiene grande importancia en la Escritura por la estrecha relación que establece entre el hombre y la naturaleza. Pero advertamos que semejante relación es sobre todo religiosa. Los autores sagrados no suelen considerar las cosas sino desde este punto de vista, o sea, bajo esta razón formal. Señalemos como prueba algunos pasajes de la Biblia. Cuando Caín derramó la sangre de su hermano Abel, dícele Dios: «La voz de la sangre de tu hermano clama a Mí desde la tierra». Y en virtud de esto el fratricida será maldito de la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de Abel (Gén. 4, 10 ss.). La corrupción, que trajo sobre la tierra la unión de los hijos de Dios con las hijas de los hombres, hizo que la justicia de Dios enviase el diluvio para purificar la tierra. Es que ésta había quedado contaminada con los pecados de la humanidad, según que claramente se dice en Núm. 35, 33: «No dejéis que se contamine la tierra en que habitéis, porque la sangre contamina la

tierra y no puede ésta ser purificada sino con la sangre de quien la derramó». Esto tenía mayor importancia en la tierra de Canaán, en la que habitaria Dios en medio de su pueblo» (Ib. 34).

No sólo los crímenes cometidos en la tierra la contaminaban, porque hasta el mismo cadáver del criminal tenía el mismo efecto, por lo cual se ordena en el Deuteronomio 21, 23, que sea enterrado el mismo día «porque el ahorcado es maldición de Dios y no ha de manchar la tierra, que Yahvé tu Dios te da en heredad». Este texto nos trae a la memoria la petición hecha por los judíos a Pilato de que se quitaran de la cruz los cuerpos del Señor y de los ladrones, que con El habían sido crucificados.

El Código llamado de Santidad insiste en este principio. Para apartar a Israel de las abominaciones cananeas, dice que los moradores de la tierra la han manchado y que Dios castigará sus maldades. (Lev. 18, 24 ss.) «Guárdense, pues, los hijos de Israel de cometer tales abominaciones, no sea que les ocurra lo mismo» (Ib. 28; cf. 20, 22).

Los profetas tienen el mismo lenguaje. Isaías dice en el comienzo de su apocalipsis: «La tierra está desolada, marchita; el mundo perece, languidece; perece el cielo con la tierra. La tierra está profanada por sus moradores, que traspasaron la ley, falsearon el derecho, quebrantaron la alianza eterna. Por eso la maldición consume la tierra y sus moradores llevan sobre sí las penas de sus crímenes» (24, 4 ss.). Jeremías no tiene otro lenguaje. Echando en cara a Judá sus abominaciones idolátricas, le dice: «Contaminaste la tierra con tus perversidades y fornicaciones» (3, 2). Y del Reino de Israel asegura que hizo otro tanto, que también él había contaminado la tierra por sus adulterios con la piedra y el leño (Ib. 9). Y esto se agrava, si consideramos que, como el profeta dice, desde que entraron en la tierra, que Dios les dió, la contaminaron haciendo abominable para Dios su heredad.

Ezequiel, queriendo dar razón del cautiverio de la casa de Israel, lo atribuye a que, desde que moraron en la tierra, la contaminaron con sus malas obras y pecados. Su obrar ante Dios era como inmundicia de menstruada. Por eso descargó Dios su ira sobre ellos, por la sangre que derramaron en la tierra y por los ídolos con que la contaminaron (36, 16 ss.). No tiene otro modo de expresarse el salmista: «Sacrificaron, dice, los propios hijos y las propias hijas a los demonios; derramaron sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, sacrificándolos a los ídolos de Canaán. Y quedó la tierra contaminada con su sangre» (106, 37 ss.).

Hay también otro aspecto más grave, en que el cielo y la tierra aparecen más abominables ante Dios. Es bien sabido que el culto pagano de la naturaleza, de la tierra, que da los frutos con que el hombre se nutre; del cielo que, con sus influencias, la fertiliza; de los astros, que brillan en el cielo. Sobre todo, en la época de la dominación asiria, adquirió en Judá mucho auge el culto de la «milicia del cielo» y en particular de la «reina

del cielo», Istar. Con esto los astros que, según el Génesis, habían sido creados por Dios para servicio del hombre y para pregoneros de la gloria del Creador (Sal. 19, 1), venían a ser los usurpadores del honor de Dios, por cuanto ellos recibían el culto, que sólo al Señor es debido. Por lo cual dice Isaías: «Entonces, en aquel día, visitará Yahvé la milicia de los cielos en la altura y abajo a los reyes de la tierra». Esta visita del Señor es su intervención para ejercer el juicio, para vengar su honor ultrajado. «Entonces», dice Isaías, que «la luna se enrojecerá, el sol palidecerá, cuando Yahvé Sebaot sea proclamado Rey» (24, 23). Es decir, que venga a hacer que su majestad divina sea reconocida.

En otros lugares de la Escritura se nos ofrecen los cielos y la tierra como espantados ante la majestad del Señor, que viene a ejercer su juicio, no contra ellos, sino contra los hombres. Así leemos en Isaías 34, 4: que «la milicia de los cielos se disuelve, se enrollan los cielos como se enrolla un libro, y todo su ejército caerá como caen las hojas de la vid, como caen las hojas de la higuera». Y todo esto ante la cólera de Yahvé contra las naciones. Los comienzos del libro de Miqueas no son menos terribles al anunciarnos que Yahvé «va a salir de su morada, va a descender y hollar las cumbres de la tierra y a su paso se fundirán los montes y se derretirán los valles como al fuego se derrite la cera» (1, 3 ss.). Concuerdá con esto el principio del oráculo de Nahum contra Nínive: «Ante Yahvé tiemblan los montes, se disuelven los collados, se agita en tumulto la tierra, el mundo y sus habitantes todos. ¿Quién podrá permanecer ante su ira? ¿Quién arrostrar el ardor de su cólera? Su furor se difunde como fuego y las rocas se quebrantan ante El» (1, 5 ss.).

Pero es San Juan el que nos pinta con más vivos colores los efectos de la cólera divina sobre la naturaleza. A la apertura del sexto sello, dice el profeta que «hubo un gran terremoto y el sol se volvió negro como un saco de pelo de cabra, y la luna se tornó toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como higuera que deja caer sus hojas sacudida por viento fuerte, y el cielo se enrolló como un libro y todos los montes e islas se movieron en sus lugares» (6, 12-14).

El efecto de estos fenómenos en los moradores de la tierra fué extraordinario, porque sintieron llegado el día grande de la ira del Señor, ante el cual nadie podrá tenerse en pie.

\* \* \*

De cuanto dejamos expuesto, una cosa se sigue muy evidente: cuán asociada al hombre se presenta la naturaleza a los ojos de los autores sagrados. Habiendo sido creada para el hombre, participa de su vida. Según la ordenación divina, le sirve en el sustento y conservación de la vida y, mostrándole la gloria de Dios, le ayuda a conocerle y le estimula a ser-

virle. Esto cuando las cosas siguen su curso natural, porque en otro caso, la cólera de Dios se hará sentir sobre el hombre y sobre la naturaleza. San Juan Crisóstomo compara la naturaleza a la nodriza que, encariñada con la criatura que amamantó, sigue con la mente sus destinos, asociada a los accidentes felices o desgraciados de ella. De aquí deduciremos algunas conclusiones útiles. Sea la primera la explicación de aquellas singulares palabras de San Pablo en su epístola a los Romanos: «El continuo anhelar de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujetó, con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción, para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (8, 19 ss.). Hermoso pensamiento este que muestra la unidad del cosmos, sintetizado en el hombre, en el microcosmos.

A la luz de esta concepción nos será fácil entender la sentencia del mismo Apóstol a los Colosenses: «Y plugo al Padre que en El (en Cristo) habitase toda la plenitud (de la gracia) y por El reconciliar consigo, pacificando por la sangre de su cruz, todas las cosas, así las del cielo como las de la tierra» (1, 19 ss.). La reconciliación mira propiamente a los hombres, que, por el pecado, estaban enemistados con Dios; pero se extiende luego a cuanto al hombre pertenece, a las demás criaturas que Dios hizo y destinó para su servicio.

Esta reconciliación que realizó Cristo mediante su pasión, se extiende luego hasta la consumación del mundo. Los profetas, que veían la ciudad de Jerusalén profanada por tantas abominaciones idolátricas (Jer. 7, 17 ss.), nos la presentan luego, en los días del Mesías, purificada, santificada y convertida en grata morada de Yahvé (Ez. 48, 35). Con toda verdad se puede decir que es una ciudad nueva, en la que todos serán santos. Oigamos a Isaiás: «Todo el que en la tierra quiera gloriarse se gloriará en el Dios fiel. Todo el que en la tierra jure jurará por el nombre del Dios verdadero, y las angustias pasadas serán dadas al olvido y estarán lejos de mis ojos. Porque voy a crear cielos nuevos y tierra nueva, y ya no se acordará de lo pasado y yo no habré de ello memoria, sino que se gozará con gozo y alegría eternos de lo que voy a crear yo, porque voy a crear en Jerusalén alegría y a su pueblo gozo. Y será Jerusalén mi alegría y mi pueblo, gozo y en adelante no se oirán más en ella llantos ni clamores. Ni habrá niño que muera de pocos días, ni viejo que no cumpla los suyos. Morir a los cien años será morir niño y no llegar a cien años será tenido por maldición» (65, 16-20). Esta es la novedad de esos cielos nuevos y de esa tierra nueva, que Dios hará cuando, purificado Israel de todos sus crímenes y vuelto de todo corazón a Dios, reciba las bendiciones que se prometen a los guardadores de la Ley (Lev. 26, 3; Deut. 28, 1), pero centuplicados, porque los días del Mesías son los días de la gran misericordia de Dios.

En el capítulo siguiente desarrolla Isaías el mismo pensamiento. El profeta tiene ante los ojos la vuelta del cautiverio, a la que va asociada la llegada del Mesías. Unida a este gran suceso ve la reunión de las naciones en Jerusalén para contemplar la gloria de Yahvé, la gloria que desplegará en la bendición de su pueblo. «Y de todas las naciones traerán a vuestros hermanos como ofrenda a Yahvé, a caballo, en carros, en literas, en mulos y en dromedarios, a mi monte santo, a Jerusalén, como traen los hijos de Israel sus ofrendas en vasos puros al templo de Yahvé. Y yo elegiré de entre ellos sacerdotes y levitas, porque, así como subsistirán ante mí *los cielos nuevos y la tierra nueva*, que voy a crear, así subsistirá vuestra progenie y vuestro nombre y, de novilunio en novilunio y de sábado en sábado, vendrá toda carne a postrarse ante mí, dice Yahvé» (66, 20-23). Una vez más vemos que los cielos nuevos y la tierra nueva no son otra cosa que el mundo nuevo que Dios creará, cuando haga resplandecer su gloria en Jerusalén y en su santo templo, gloria que se extenderá al universo entero. Entonces el pueblo de Israel será un pueblo nuevo, cuando Jerusalén y su templo se revestirán de la gloria de Yahvé; entonces el universo entero, creado para servicio del hombre, participará de la misma gloria.

Todo esto, que los profetas anuncian para los días mesiánicos, no tuvo su cumplimiento en la época histórica del mesianismo, cuando, según la declaración del Salvador, en el campo de trigo sembró el enemigo la cizaña. Pero en la segunda etapa, en la eterna, se cumplirán a la letra los oráculos de los profetas, cuando Dios purifique el universo contaminado por los pecados de los hombres. Y es San Juan quien nos declara este misterio en el Apocalipsis, cuando la historia sea acabada y con ella la lucha entre Satán y Cristo. Todos los adversarios del Cordero han sido juzgados, todo el que no esté escrito en el libro de la vida será arrojado en el estanque de fuego. Tal era el justo paradero que merecían.

Ahora nos queda por ver la suerte de los justos, de los que poblarán la ciudad santa de Dios, la Jerusalén celestial. Pues ahora es cuando el profeta dice: «*Vi un cielo nuevo y una tierra nueva*, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar no existía ya». San Juan nos había declarado antes cómo ante la presencia del Soberano Juez, que se sienta en su trono, huyeron los cielos y la tierra y no dejaron rastro de sí. ¿Qué es lo que les hace huir? El terror de la majestad del Juez y la conciencia de hallarse contaminados por los pecados de la humanidad. El mar, imagen de las agitaciones del mundo, también desapareció, para dar lugar a la nueva creación de Dios: «He aquí que yo *hago nuevas todas las cosas*» (21, 5). Y de esas cosas nuevas estará ausente toda culpa y por consiguiente todo dolor y pena. ¿Cuál es el sentido de todas estas imágenes? Creemos no haber duda en ello. Es la desaparición total del pecado y el pleno cumplimiento de los vaticinios mesiánicos. La descripción, que luego

nos hace San Juan de la Jerusalén celestial, puede considerarse como la de estos cielos nuevos y de esta tierra nueva, de los cuales estará desterrado todo pecado, por lo cual la gloria de Yahvé envolverá a todos sus moradores.

\* \* \*

Y ¿tendrá alguna otra realidad esta purificación de los elementos? Los teólogos antiguos, menos peritos en apreciar las formas literarias de la Escritura, eso que hoy llamamos géneros literarios, buscaban en lo material de la letra un sentido concreto, que concordase con el carácter de los Libros Santos. Oigamos a Santo Tomás: «Habiendo sido hecho el mundo en cierto modo por el hombre, conviene que cuando el hombre va a ser glorificado en el cuerpo, los demás cuerpos del mundo sean mudados en mejor estado, para que su lugar sea más conveniente y su aspecto más deleitable. Para lo cual es preciso eliminar todas aquellas cosas que se oponen a la gloria. Y estas son dos: la corrupción y la infección de la culpa... Y aunque propiamente las cosas corporales no pueden ser sujeto de culpa, todavía nace de la culpa cierta incongruencia en las cosas corporales que las hace ineptas para lo espiritual. Y así vemos que los lugares, en que se cometió un crimen, no se reputan idóneos para ejercer en ellos algún acto sagrado, a menos que primero no sean purificados. En este sentido se puede decir que del pecado del hombre nace cierta inidoneidad para recibir la gloria, que resulta de nuestro uso. Y de esto debe ser purificado el mundo» (*Suppl.*, q. 74, a. 1, c.).

Al leer estas líneas nos vienen a la mente tantos ritos litúrgicos, ordenados a santificar o reconciliar los lugares y edificios antes de dedicarlos a usos sagrados. Pero ¿será verdad que nuestro Señor se amolde a nuestras normas litúrgicas en la ordenación futura del universo para la más plena glorificación de los justos? ¿No es más natural que veamos en todo esto imágenes tomadas de nuestras manifestaciones religiosas para expresar con formas humanas y adaptables a nuestra condición, los misterios divinos, siendo ley común de los profetas que, para expresar los inefables misterios de Dios, se sirvan de las imágenes, que les ofrecen la naturaleza y la vida humana?

La teología antigua pretendía hallar en esas imágenes de los cielos nuevos y de la tierra nueva la idea de una renovación de los elementos, algo que se acomodara al nuevo estado de la naturaleza humana glorificada. Para esto se servían, como no podía menos, de la ciencia física que conocían, que era la de Aristóteles. Según ésta, la naturaleza corporal sería purificada por el fuego, de que nos habla el Apóstol San Pedro, en conformidad con las concepciones corrientes entre los judíos y los griegos, de que el mundo acabaría por el incendio, así como había comenzado por

el agua. Con esto los cuerpos se volverían inalterables, gloriosos, amoldándose a la nueva situación del hombre (II Pet. 3, 10).

¿Qué habrá de verdad en estas teorías? Los teólogos habrán de prescindir de este problema y resignarse a ignorar lo que Dios hará con el mundo, cuando llegue el fin de los tiempos, igual que han renunciado a la cosmogonía mosaica. La revelación divina, en lo que toca a las postrimerías, tiene muchos puntos oscuros. Añadamos uno más y esperemos que el Señor sabrá dar a estos cielos nuevos y tierra nueva una realidad más grande de la que nosotros alcanzamos a soñar.